

VICTORIA LUMINIȚA VLEJA

ACERCAMIENTO AL LENGUAJE JUVENIL: EL LENGUAJE DE LOS SOLDADOS

INTRODUCCIÓN

El tema trasciende los límites del presente artículo¹, puesto que existen investigadores que han estudiado esta misma materia con perspectivas y análisis diferentes: *Comunicación y lenguaje juvenil*, volumen colectivo, Editorial Fundamentos, 1989, Félix Rodríguez (coord.), *Comunicación y cultura juvenil y El lenguaje de los jóvenes*, Ariel, Barcelona, 2002. El carácter pluridisciplinar del fenómeno comunicativo y la variedad de los contenidos temáticos explica la extensión bibliográfica.

Hay numerosos estudios que se han ocupado de los jóvenes, desde perspectivas muy variadas como la sociología, la psicología, la ética, la etnología, la criminología, etc. Cuestiones relacionadas con la comunicación juvenil se han planteado en el ámbito de disciplinas que tienen algo que ver con la lengua, aunque no exista un marco teórico generalmente admitido que permita su interrelación. Existen diversas ramas, reconocidas, de la macrolingüística –psicolingüística, sociolingüística, etnolingüística, etc.– pero no resulta fácil establecer límites precisos entre ellas. Por ejemplo, hablamos de sociolingüística y nos referimos al estudio de la lengua en relación con la sociedad y de etnolingüística cuando relacionamos la lengua con la cultura, sin tener en cuenta que una concepción antropológica de la cultura supone la existencia de la sociedad, mientras que la sociedad depende de la cultura. Lo cierto es que cultura y sociedad coinciden en la determinación de una personalidad. Por otra parte, los individuos conforman la sociedad por lo que la interrelación se extiende a la psicolingüística en cuanto se plantea el estudio del lenguaje y la mente.

Sabemos que las lenguas son instituciones sociales cuyas características dependen de las características de los individuos y sirven de vehículo para la expresión del pensamiento y para la coordinación de la acción social. Una comunidad lingüística –un grupo de usuarios de una lengua, por ejemplo– se constituye como tal porque cada miembro del grupo emplea medios lingüísticos para la expresión que son suficientemente similares a los medios empleados por otros miembros de este grupo, así la inteligibilidad es posible. Las disposiciones lingüísticas de cada uno de sus miembros están coordinadas con las de los demás porque las disposiciones individuales surgen como resultado de la interacción entre su experiencia lingüística y las constricciones innatas fuertes acerca de las clases de aptitudes lingüísticas que pueden adquirir. Si los individuos de una comunidad pueden comunicarse es porque cada individuo tiene un

¹ El presente trabajo reúne en gran parte material del artículo “El lenguaje de los soldados”, publicado por Juan GÓMEZ CAPUZ y Félix RODRÍGUEZ GONZÁLEZ en *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona, Ariel, 2002, 265-290.

interés innatamente basado en la comunicación y una capacidad innatamente basada para desarrollar un sistema de disposiciones lingüísticas que le permitirán satisfacer ese interés. La intersubjetividad aparece como criterio fundamental para el examen de aspectos distintos e igualmente atractivos para la investigación.

A la hora de profundizar el ámbito de disciplinas relacionadas con la lengua se han planteado preguntas como: ¿En qué medida la diversidad de las lenguas –y en última instancia la diversidad de los registros– refleja y condiciona la visión del mundo? ¿Hasta qué punto determinada situación en un lugar de la escala social determina las formas de expresión? ¿Cómo la utilización de un código preciso puede incidir en la invariabilidad de una escala social? ¿En qué medida el cambio lingüístico es posible por la coordinación de las reacciones a la introducción de nuevos modelos de uso?

Estos problemas condicionan directamente el planteamiento de una cuestión como *el lenguaje de los jóvenes*, y de manera especial en las últimas décadas, cuando la juventud ha ido cobrando fuerza como grupo social. La época en que vivimos es una época en la que la juventud está de moda, y con ella sus formas expresivas. Nos parece de interés profundizar en el conocimiento de las pautas que rigen el comportamiento lingüístico, sus expresiones y fórmulas más características, las fuentes de que se nutre su léxico, todo eso como un medio más de acercarse a su psicología, a sus intereses y a sus formas de vida.

La interpretación del proceso comunicativo que tiene a los jóvenes por protagonistas, al igual que cualquier tipo de comunicación, abarca una diversidad de aspectos y contenidos temáticos en los estudios que se han ocupado de los jóvenes sea de manera más o menos directa y profunda, desde diferentes perspectivas y metodologías. Lingüistas, sociólogos, antropólogos, periodistas, metodólogos del español, etc. se dan cita para investigar el tema y cuya suma de saberes se requiere para obtener un análisis global más riguroso y coherente.

Implicados en la dimensión comunicacional encontramos igualmente otros signos y prácticas comunicacionales como el vestido, la música, la droga, etc., que integran la llamada cultura (o subcultura o contracultura) juvenil. Eso quiere decir que el lenguaje no es el único sistema de símbolos, el único medio de comunicación semiótica. Por otro lado, la comunicación no se limita al estudio de unos participantes, de un mensaje y de unas señales, también intervienen en ella unos medios, canales o soportes expresivos como son los cómics, fanzines (folletines) y otras publicaciones juveniles, las pintadas y graffitis, los pósters, los discos, los videoclips o las emisoras de FM, que tienen en los jóvenes a sus principales usuarios y consumidores. La interdisciplinariedad del fenómeno comunicativo hace que estos medios comunicativos no sean tratados como formas inconexas al estudiar el habla de los jóvenes.

Los principales recursos expresivos se registran en el área del léxico a partir de los años setenta, con la aparición de un sinfín de “tribus” urbanas acompañadas de una floración de argots marginales. El más difundido fue el llamado lenguaje *rockero* o del *rollo*, conocido sucesivamente con los nombres de *pasota* o *cheli*, que tuvo su época de esplendor a finales de los setenta. Nació a caballo entre Barcelona y Sevilla, pero tendría que pasar también por Madrid para consagrarse como fenómeno social. El término *cheli*, en sus orígenes un tratamiento afectivo utilizado en los ambientes marginales de Madrid, pasó a designar al pasota madrileño y a su jerga, y, finalmente, a la de todos los pasotas, sin que haya faltado quien lo considere sinónimo de lenguaje coloquial.

La materia prima de este lenguaje fue de procedencia muy variada. El *cheli* bebió del argot del hampa y del mundo de la droga, castellanizó palabras procedentes del inglés y del caló y resucitó acepciones olvidadas del castellano antiguo. Aunque constituido básicamente a partir de elementos castizos y marginales (y en esto no se diferencia del lenguaje popular), el pasota nació con una voluntad contracultural que lo convirtió en seña de identidad y expresión de toda una generación, trabajadora o estudiantil, marcada por la crisis y el desencanto.

Al lenguaje pasota, como suele hacerse con los lenguajes marginales y juveniles, se le achacó un vocabulario reducido, y a sus hablantes falta de creatividad léxica. Pero hay que tener en cuenta que se trata de vocabularios reducidos por definición, que expresan una subcultura sumergida dentro de otra cultura, de la cual hereda su armazón sintáctica, sin apenas alteraciones, y la mayor parte de su inventario léxico, a excepción de aquellas unidades que connotan un sistema de valores distintos. Es precisamente esta connotación social, de grupo marginal que rechaza la cultura oficial y hegemónica, lo que ha debido remover la sensibilidad del crítico.

Con todo, y pese a las críticas suscitadas entre los puristas, los lenguajes marginales en las últimas décadas han incorporado un rico caudal de voces a la lengua popular y al habla coloquial de todos, lo cual constituye un fenómeno inédito en la historia del español. Puede pensarse que hoy ha perdido en parte su vigencia, pero no sin antes haber enriquecido el registro informal y argótico del idioma.

La extensión y rápida difusión de voces marginales se explica desde dentro y fuera del hecho marginal y juvenil. Por un lado está el desarrollo de una cultura alternativa y la proliferación de subculturas con una identidad propia. En particular merece destacarse la aparición de fenómenos sociales nuevos como la droga, la extensión de la delincuencia y el consiguiente aumento de la población reclusa, la explosión gay, que, en su forma prostituida, ha dado lugar a la figura del chaperero. El marginalismo y secretismo con que estos grupos se conducen imprime un carácter fuertemente críptico a su lenguaje y explica la enorme vitalidad de estos argots, enfrentados a la constante necesidad de crear y recrear nuevos términos cuando los viejos son asimilados por la lengua general.

Como filólogos, tenemos que destacar las repercusiones idiomáticas de los fenómenos sociales. Interesan especialmente los aspectos morfológicos y semánticos. Además de los aspectos lexico-semánticos los investigadores prestan atención a los aspectos sintácticos, fonológicos y paralingüísticos (tono de voz, volumen, gestos), a las condiciones pragmáticas del acto de la comunicación, correlacionándole parámetros como el estatus socio-económico, profesión, etnia, religión, edad. Esta última es la variable que más tiene en cuenta una persona en interacción verbal, porque establece relaciones distintas de poder y familiaridad en el intercambio verbal y conduce a distintas elecciones léxicas y dentro del área de los tratamientos y las "rutinas lingüísticas".

No podemos abordar este tema sin decir lo que se entiende por *juventud* y cuáles son sus límites, cuestión sobre la que no existe un acuerdo absoluto. La mayoría de los estudios sociológicos, sobre todo si son de carácter empírico, la sitúan entre los 15 y 24 años, tal y como la define la ONU. Algunos alargan el período juvenil hasta los 30 años, dándole así una extensión de 15 años que sería el tiempo que, según Ortega y Gasset, media entre dos generaciones. Por otro lado, estudios recientes coinciden en señalar un nuevo concepto de juventud que toma como criterio, no un grupo de edad,

sino el espacio vital que separa a dos condiciones o estilos de vida: un modo de integración ligado a la familia de origen, y otro al trabajo y a la creación de una nueva cédula familiar; trabajo fijo, pareja estable, domicilio fijo y descendencia son las cuatro condiciones que según varios autores definirían a los adultos de pleno derecho.

Algunos trabajos sociolingüísticos reducen la edad cronológica señalada ciñiéndose a períodos que se extienden hasta los 18 años, o hasta los 21, y que corresponden a diferentes fases (inicial y nuclear) de un todo, la juventud, que no se presenta homogéneo.

Tampoco faltan, ocasionalmente, estudios que rebajan el límite inferior al considerar entre sus informantes también a los jóvenes de 13 o 14 años, en pleno período, de pubertad, y por tanto técnicamente adolescentes.

El término *adolescente*, del lat. *adolescere* ('*crear*') también se utiliza a menudo de forma alternante como sinónimo de 'joven', incluso en publicaciones científicas, que a veces lo prefieren por referirse con él de manera inequívoca a ese estadio inacabado y de tránsito entre la infancia y la madurez o estado adulto; por contra, la voz *joven* aparece referencialmente imprecisa y demasiado polisémica, cargada con frecuencia de connotaciones valorativas (positivas) y que son efecto de la creciente juvenilización de la sociedad actual.

Quería hacer una observación, relacionando el presente tema con la metodología, porque la mayoría de los jóvenes que estudian español LE, como futuros hispanistas, como filólogos, se dedicarán probablemente a la educación de la lengua, bien materna o bien del español y entonces creo que hay que mirar también hacia adelante; es decir, que estamos en un período en el que todo lo que viene del inglés suena raro, como que no se adapta, pero nos estamos enfrentando a generaciones que vienen con ello, es decir, a niños que manejan el ordenador con ocho años sin ningún problema en versión inglesa - porque Bill Gates no creo que nos ofrezca nada en español-, niños para los que la idea de neologismo a lo mejor no va a existir. Si les decimos a los niños de secundaria o del instituto que no escriban *Back Street Boys* como se escribe en inglés sino a la española, quedaremos muy bien con la Academia pero no con ellos, porque van a decir que en absoluto, ya que no corresponde a una realidad que conocen. Entonces me parece que también hay que plantearse un poco el hecho de que vamos hacia esa Europa, hacia esa lengua común. ¿Qué va a pasar aquí?, ¿cómo nos enfrentamos al neologismo, por ejemplo, si para ellos es todo *guay*, *chachi* y *super*?, ¿qué le queda por hacer a la Academia o a los profesores, a los que se dediquen un poco a esto? Los usos, indudablemente. Si los jóvenes están aprendiendo determinadas cosas habrá unos usos lingüísticos que se impondrán; pero no cabe fiarse mucho, la lengua de los primeros años normalmente cambia con facilidad y, digamos, hay una sucesión. Cuando se habla de la informática tenemos una nube de anglicismos y también tenemos una técnica en pleno desarrollo en la que todo se queda antiguo pronto. Realmente hay que esperar todavía mucho para ver qué es lo que se está viendo en la informática y qué es lo que se estabiliza en el habla y en los usos de esas generaciones que empiezan. Entonces todo lo que acabe formando parte de la corriente lingüística estará en los diccionarios.

No quiero terminar esta introducción sin enfrentarme a la pregunta que sobrevuela en todo este tipo de trabajos en los que el objetivo didáctico no puede olvidarse. Mi intención al proponer algunas cuestiones para la reflexión o la indagación en el aula quedaría manca si no se pusiera sobre el tapete la importancia que tiene educar CON

los medios de comunicación social. No es algo que puedan soslayar los profesores, y en el caso de los de Lengua Española tenemos suficientes armas para crear lectores críticos. La actitud crítica es muy importante. Hace más de cincuenta años Pedro Salinas² ya nos decía:

“por motivos muy viejos y muy nuevos ha llegado el momento en que el hombre y la sociedad contemporáneos tienen que detenerse a reflexionar reciamente sobre el lenguaje, so pena de verse arrastrados ciegamente a su degeneración por la opresión de un conjunto de fuerzas inconscientes, muchas de ellas de carácter económico, lucrativo, alzadas, sin saberlo, que es lo peor, en una pugna titánica contra el espíritu del hombre. En este zozobrar del lenguaje lo que se iría a pique con él sería el alma humana, libre, espontánea, dejando sólo a flote un coro de reacciones mecánicas regimentadas, de muñecos vacíos, ya felices, porque como no tienen nada que decir no hay por qué molestarse con las complicaciones del decir. Los países, o tienen ya una política del lenguaje, llámenla como la llamen, o necesitan con suma urgencia adoptar una. [...] El propósito de esta política trasciende de lo estrictamente literario o lingüístico. Siendo la lengua espíritu, esta política es una política del espíritu. [...] Persona que habla a medias, piensa a medias, a medias existe. Adiestrarle en el uso de los recursos de comunicación intelectual y social latentes en el fondo de un idioma es capacitarle para que cumpla íntegramente su destino de hombre”.

No hay duda de que en esta labor tenemos que empeñarnos aunque –también con Salinas– “estén contra nosotros/el aire y la soledad,/las pruebas el no y el tiempo.”

EL LENGUAJE DE LOS SOLDADOS

I. ASPECTOS METODOLÓGICOS Y CONCEPTUALES

No son pocos los libros que se han acercado a la figura del soldado desde variados puntos de vista como los de sociología, la antropología, la psicología y la ciencia militar, pero muy poco se ha escrito sobre el cúmulo de expresiones pintorescas de carácter informal y vulgar de los que hace uso, conocidas con el nombre de argot. Nada hay que desdeñar sobre el valor de este vocabulario tan especial, que además nos ayuda a comprender mejor la idiosincrasia de sus hablantes.

Si el lenguaje nos retrata a cada uno de nosotros, esto es tanto más evidente en la “mili” por tratarse de un grupo que vive aislado, casi herméticamente cerrado al exterior y, en la mayoría de los casos, contra su propia voluntad. En tales circunstancias sus palabras se convierten en aliento incontrolado que ineludiblemente nos revela datos sobre su psicología, sus costumbres y su forma de vida. Nos parece interesante analizar los aspectos más sobresalientes de este lenguaje en su globalidad, en tanto que grupo juvenil, haciendo especial referencia al léxico de carácter argótico. Pero para delinear y delimitar el perfil de este particular lenguaje se impone diferenciarlo previamente de otros muy afines.

² Pedro SALINAS, “Defensa del lenguaje”, in: *El defensor*, Madrid, Alianza Editorial, 1948, 281-335.

El lenguaje del Servicio Militar (entendiendo por tal el más normal o general), de los soldados de reemplazo, o más sencillamente, “de los soldados” o “de la mili”, es uno de los varios subargots, sublenguajes o jergas que conforman el lenguaje militar considerado en su conjunto, en tanto que tecnolecto, lengua profesional o jerga. A grandes rasgos, cabría distinguir cuatro grandes subtipos:

1. *Lenguaje jurídico-administrativo militar*, representado por las Reales Ordenanzas y todos los documentos e informes que se manejan en las oficinas militares. Es un subtipo del lenguaje jurídico-administrativo y se caracteriza, lógicamente, por el arcaísmo en todos los niveles, desde el morfológico (uso del futuro de subjuntivo) al semántico (la palabra *policía* se emplea todavía con el sentido que tenía en español clásico, “uniformidad, aseo”) y por el uso de términos técnicos o palabras de la lengua común con un sentido especial (*prevención* en el sentido de “arresto menor o preventivo”).

Otras características relevantes de este lenguaje administrativo serían el abuso de abreviaturas y formaciones siglares y la opacidad del discurso que plantean para los ajenos a este ámbito (JEPER, JUJEM, Toa, Tte, T. Col).

2. *Lenguaje de los militares profesionales*. Se trata de la típica jerga profesional, asociada especialmente a los mandos, que sufre las influencias de otras jergas colaterales como el lenguaje jurídico y el lenguaje de los militares de reemplazo. Aquí podría mencionarse también un sociolecto muy particular, el de los legionarios y regulares destinados en África, cuya afinidad con el lenguaje de los soldados es más notoria.

3. *Lenguaje de las Milicias Universitarias* (antiguo IMEC y actual SOFECUMA) y *de los alumnos de academias militares* (cadetes). Los dos tienen un particular sello estudiantil y una mayor relación con la jerga técnica militar, dado el nivel educativo y el hecho de que ambos grupos de hablantes nutren las filas de la oficialidad. Pero los de milicias son alumnos aspirantes a la Escala de Complemento y lo hacen de un modo opcional, por lo que su lenguaje resulta más críptico, inconformista y cohesionador, próximo al del servicio militar normal, aunque con un contenido algo clasista. En los cadetes, por la naturaleza de su actividad, destaca el léxico relacionado con la enseñanza y la promoción (*promo, proto, numeraco, primeraco, ultimaco*, etc.)

4. *Lenguaje del Servicio Militar o de los militares de reemplazo*. Esta jerga tiene una serie de características que la separan claramente de los otros tres subtipos del lenguaje militar:

a) Se trata de un lenguaje claramente acotado en lo que respecta a dos de las variables sociales: sexo masculino y edad entre 18 y 28 años; sin embargo es muy difuso en cuanto a la variable socio-económica y el nivel de instrucción.

b) Aunque toma voces prestadas de otros argots y de la jerga de los militares (*ir a piñon, páter*) tiene una identidad muy propia. Es un lenguaje que se inscribe perfectamente en las coordenadas del “argot”: un lenguaje grupal, críptico y de germanía que “se desarrolla con especial intensidad en ámbitos cerrados – campamentos y cuarteles militares, cárceles, internados, escuelas– , en donde la

conciencia de grupo es mayor, por lo que el argot es un distintivo de clase y un elemento integrador.”³

c) Paralelamente a todos estos rasgos surge la polémica sobre el carácter homogéneo o no de este tipo de lenguaje. Ana M^a Vigara Tauste *et al.* destacan⁴ la gran homogeneidad del lenguaje de los soldados en función de los criterios socio-lingüísticos aludidos: es un lenguaje desconocido por el recluta pero rápidamente asimilado para satisfacer sus más elementales necesidades comunicativas a la vez que se erige en elemento integrador y diferenciador de los soldados de reemplazo en un ambiente estricto y cerrado; por ello posee unas claras características diafásicas (tema militar, tono informal, canal oral) que lo unifican, a la vez que la presencia de soldados de múltiples procedencias geográficas inhibe los rasgos diferenciadores de tipo diatópico y diastrático en aras de una variedad compacta, eficaz, críptica e integradora.

J. Gómez Capuz, sin negar la tesis anterior, pone de manifiesto⁵ cómo este tipo de lenguaje presenta ciertas variedades internas, aunque éstas no están motivadas por la heterogeneidad social y dialectal de los usuarios sino por los condicionantes materiales del ejército, arma y destino en que se desarrolla este lenguaje: se crean variedades diatópicas (el lenguaje de los soldados de Baleares, Canarias, Ceuta y Melilla tiene ciertas peculiaridades) y también variedades por ejército, arma y destino (Marina, Aire y diversas armas de Tierra como infantería, caballería, artillería). No obstante, estas variedades presentan una heterogeneidad mucho menor (limitada al léxico denotativo y ciertos juegos verbales) que la de las variedades lingüísticas ordinarias (dialectos y sociolectos del español).

En el aspecto metodológico, los autores del artículo citado⁶ ponen de manifiesto los diferentes métodos de obtención de datos aplicados en los pocos trabajos relevantes sobre este tipo de lenguaje, métodos que intentan armonizar:

Gómez Capuz (1993, 1996, y 1998) extrae la mayor parte de sus datos de una encuesta de 62 preguntas contestada por escrito por soldados recién licenciados.⁷

Álvarez *et al.* (1994) y Vigara (1999) se sirven de grabaciones secretas realizadas dentro de un cuartel, a la vez que aprovechan diversos materiales “etnológicos” (leyes del *wissa*, *asfixiómetros*).⁸

³ Pilar DANIEL, “Panorámica del argot español”, en introducción a Víctor LEÓN, *Diccionario de argot español*, Madrid, Alianza, 1992, 20.

⁴ Ana M^a VIGARA TAUSTE *et al.*, “Lenguaje (y vida) del recluta en el cuartel”, in: *Tabanque*, Revista de la E.U. de Formación del Profesorado, Palencia, 1994, 69.

⁵ Apud J. GÓMEZ CAPUZ, Félix RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, “El lenguaje de los soldados”, in: Félix RODRÍGUEZ (coord.), *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona, Ariel 2002, 267.

⁶ *Ibidem*, 265-290.

⁷ GÓMEZ CAPUZ, J., “El argot de los soldados en España: observaciones y glosario”, *Lebende Sprachen*, 1996, 41, 1; GÓMEZ CAPUZ, J., “El argot de los soldados: aspectos léxico-semánticos, lexicogenésicos y fraseológicos”, in: *Hesperia*, Vigo, 1998, 1.

⁸ Álvarez, Sonia; González, Paloma; Vigara, Ana M^a, “Lenguaje (y vida) del recluta en el cuartel”, in: *Tabanque*, [Escuela Universitaria de Formación del Profesorado, Palencia], 1994, 9; Vigara, Ana M^a, “Comunicarse en el cuartel: habla y vida soldadesca”, en Diez de Revenga, Pilar; Jiménez Cano, José María, *Estudios de Sociolingüística. Sincronía y Diacronía*, II. Murcia, 1999.

Morant *et al.* (1997-98) insisten todavía más en estos materiales “etnológicos” (leyes del *wissa*, *asfixiómetros*, oraciones paródicas, *graffiti*, canciones) en una línea de ecología del lenguaje que descuida un tanto los datos lingüísticos reales y espontáneos de los propios soldados de reemplazo.⁹

Félix Rodríguez, en una exhaustiva recopilación de léxico militar en la que da entrada especialmente al habla de los soldados (*Diccionario de terminología y argot militar*), aúna todas estas metodologías y datos y añade un componente más. Al incluir una perspectiva también diacrónica, extrae ejemplos tomados de tratados de antropología militar e historia, y de una amplia gama de textos literarios, especialmente novelas, algunas de ellas con abundantes referencias a la milicia, como *Flor de hidalgos*, de Jesús E. de Casariego, ambientada en los años treinta, *Recuento* (1973), de Luis Goytisolo (que en su capítulo V describe la vida en las Milicias Universitarias) y, más recientes, *Morirás en Chafarinas* (1989), de Fernando Lalana, y *Ardor guerrero* (1995), del académico Antonio Muñoz Molina, que recrea sus vivencias durante el servicio militar.

Todos los autores citados complementan sus datos con la sección “Zafarrancho de correo” de la revista *Putá Mili*, en la que aparecen cartas y mensajes “reales” de los soldados de reemplazo. Pero más importantes desde un punto de vista sociolingüístico son los obtenidos en interacción cara a cara con los propios hablantes. Fuera de algunos datos obtenidos por grabación secreta *in situ* (por colaboradores de Vígara y de Rodríguez, de gran valor por su carácter “vernáculo”, la mayoría de las encuestas se han desarrollado con entrevistas orales, individualmente o en pequeños grupos, y fuera de los cuarteles, dada la resistencia de las autoridades castrenses a permitir realizarlas con un carácter anónimo y masivo en las propias dependencias militares cuando se les propuso. Y es que, como explican algunos autores, los militares son temperamentalmente enemigos de las encuestas y complicaciones y no les agrada que se hurgue en sus asuntos profesionales.

Nos parece de mucho interés orientar la investigación hacia los aspectos lingüísticos (en sus distintos niveles) y socio-lingüísticos más importantes del léxico de los reclutas y soldados en general, con algunas referencias al de los jóvenes que cumplen el servicio militar.

II. FENÓMENOS GRÁFICOS Y FONÉTICOS

1. Siglas

Una clara influencia del lenguaje jurídico-administrativo militar y el de los militares profesionales en la jerga de los soldados es la presencia de siglas, de naturaleza generalmente técnica. Algunas, por su contextura, son “acrónimos”, como la IMEC y el conocido fusil CETME, sometido a variación en su pronunciación (coloquialmente /céme/ y, de forma esporádica, /cémen/). Pero lo que más llama la atención es el empleo de lo que Alvar y Miró¹⁰ denominan “siglas opacas deletreadas”

⁹ R. MORANT–Miquel PEÑARROYA–Guillermo LÓPEZ, “El lenguaje de los soldados”, in: *Pragmalingüística*, 1997-1998, 5-6.

¹⁰ Manuel ALVAR–Aurora MIRÓ, *Diccionario de siglas y abreviaturas*, Madrid, Alambra, 1983, 13.

y Rodríguez¹¹, siguiendo la bibliografía francesa e inglesa, “literación”; es decir, abreviaciones en las que la sigla está todavía en el estadio en que se deletrea y no ha llegado a pronunciarse como unidad.

Los ejemplos de este tipo suelen ser además respuestas mayoritarias para esa realidad o concepto. Así, en la denominación del arresto menor, el sintagma completo *privación de salida* alterna con su correspondiente sigla opaca deletreada P.S., oralizada /pé-ése/. A un policía militar se le denomina P.M., oralizado /pé-éme/, como alternativa “formal” a la jocosa y degradante metáfora *calimero*; rompiendo esa formalidad también, de manera esporádica la sigla es sustituida por una amplificación basada en la reinterpretación festiva de sus iniciales: *pasma, puta mierda, puto maricón*. De igual modo la P.N. (Policía Naval) es llamada jocosamente en algunos lugares la *Pene y Permisos Nunca*. A un Teniente Coronel se le llama coloquialmente *teco o tecol*, aunque aquí lo que se deletrea no es propiamente una sigla sino más bien una abreviatura, ya que lo escrito T. Col o Tte. Col se suele oralizar restituyendo todo el sintagma (*teniente coronel*).

No menos singular, por su contextura y su evolución morfológica y semántica, es la formación *metopa*, creada a partir de METP. Lo primero que llama la atención es su carácter híbrido (literación en la primera sílaba, acrónimo en los dos siguientes y su naturaleza “acróstica”¹², al ser transcrita de manera festiva para que coincida con una palabra preexistente, *metopa*, extraída de la jerga de la antigua arquitectura dórica y utilizada también con el significado de “pequeño cuadro decorativo que se cuelga en cada unidad, con fondo de madera donde aparecen incrustados el escudo o el emblema de la unidad, o ambas cosas”¹³. Su significado más general es el que corresponde a las siglas METP (Militar de Empleo y Tropa Profesional). La “E” que llevaba originalmente ayudó sin duda a su expansión y transcripción en la forma *metopa*, pero posteriormente la sigla y la denominación cambiaron a MTP (Militar de Tropa Profesional) y, más recientemente, a MPT (Militar Profesional de Tropa).

2. Aspectos ortográficos

Un aspecto todavía poco estudiado de la ortografía moderna es lo que Pratt (1973) denomina “hipercharacterización ortográfica” y que tiene lugar cuando una palabra es ortografiada en español de forma no normativa, pero no por desconocimiento de la norma sino para expresar un significado adicional. En los corpus escritos encontrados aparecen los dos principales tipos de hipercharacterización ortográfica existentes en español:

1. La sustitución de *c* por *k*, que suele tener unas connotaciones de tipo radical, anarquista y, en este contexto, antimilitarista. Estos valores nos dan la clave de rebeldía e inconformismo siempre subyacente en el lenguaje de los soldados: así, en la lengua escrita (encuestas, *graffiti*), al paracaidista se le denomina *paraka*, al comandante se le llama *comandaka*, y la frecuente consigna *poka* no es sino una

¹¹ Félix RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, “Las siglas como procedimiento lexicogenésico”, in: *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante*, 9/1993, 11.

¹² *Ibidem*.

¹³ Ana M^a VIGARA, “Comunicarse en el cuartel: habla y vida soldadescas”, in: Pilar DÍEZ DE REVENGA–José María JIMÉNEZ CANO, *Estudios de Sociolingüística. Sincronía y Diacronía*, II, DM, Murcia, 1999, 323.

elipsis extrema de “me queda poca mili”. Asimismo, en los años ochenta una organización antimilitarista fue conocida con el nombre de *Mili-kk*.

Esta misma connotación subyace en la escritura de *Amerika*, empleada en diferentes ámbitos contraculturales. También Vigara documenta formas como *kartearse*, *baska*, *enkanta*, etc. en una revista juvenil, en la pluma de una rapera. Aún más importante es el hecho de que algunas palabras con esta grafía terminan adquiriendo carta de ciudadanía léxica, como *okupa*, *bakalaero*, a lo que no es ajeno en estos casos el deseo de dotar al referente de una mayor precisión significativa. Asociado este estilismo gráfico con lo juvenil y lo contracultural, no es extraño que aparezca también en la onomástica de ciertos establecimientos de ocio (bares, pubs, etc.) frecuentados por gente joven. Así, en Alicante, uno se cruza al pasear por la calle con nombres como *Krisis*, *La taska roja*, *E-skape*, etc.

2. De signo completamente distinto es la connotación de prestigio de algunas grafías que acusan claramente la influencia del inglés. Pratt¹⁴ ya insistía en que la mayoría de las hipercharacterizaciones ortográficas del español actual se debían a la influencia de este idioma. Aparte de la terminación hipocorística “-y” de *furry* (<furriel “administrativo” – hace los trabajos de secretariado), que coexiste con *furri*, cabe destacar el cambio de bisa (<bisabuelo, bisagra) a *wisa/superwisa*, que designan un tipo de soldado veterano).

III. ASPECTOS LÉXICOS Y SEMÁNTICOS

1. La designación

Los términos empleados para referirse a determinadas realidades militares responden a dos grandes tipos:

a) Por un lado están las designaciones afectivamente neutras, semánticamente transparentes en tanto que creadas como jerga técnica, y normalmente comunes al lenguaje de los soldados y al de los militares profesionales. En los trabajos de campo de Gómez Capuz (1993 y 1998), algunos de estos términos son la variante mayoritariamente empleada por los informantes, en una proporción superior al 70%; es el caso de *garitas*, para designar las torres de vigilancia que hay en un cuartel; *compañía* (infantería), *batería* (artillería) y *escuadrón* (caballería), para los lugares donde viven los soldados en el cuartel, *dos-cuartos* y *tres-cuartos* para las prendas de invierno, *imaginaria*, para el servicio de vigilancia nocturna dentro de la compañía, *taquilla*, para designar el armario personal de cada soldado, *botiquín*, para la enfermería, *pernocta*, para el documento que autoriza al soldado a dormir en su casa, *pista americana* para indicar el circuito de instrucción constituido por pruebas de agilidad.

b) Por otro lado hay variantes minoritarias, inferiores a un porcentaje de 25%. Es el caso de términos argóticos más “afectivos”, sobre todo en el sentido de degradación y deshumanización. Estas variantes registran una relación de cierta opacidad con el significante: *letrinas*, *corneta* (trompeta), *primero* (cabo primero), *barbuquejo* (la cinta que ciñe la gorra).

¹⁴ Chris PRATT, “El lenguaje de los medios de comunicación de masas: algunos aspectos”, in: *Filología Moderna*, 1973.

2. Campos léxicos y centros de atracción

Cualquier tema que se convierte en un centro de interés de una comunidad desarrolla un extenso campo léxico así como múltiples sinónimos (y parasinónimos) cuyo sentido suele describirse por medio de símiles y metáforas que toman como base la asociación con otras experiencias. Donde se hace más evidente es en el argot, como lo ilustran las conocidas largas series de voces que se arraciman en torno a temas como el robo, el engaño, la borrachera, etc. En la terminología y el argot de los soldados, los principales “centros de atracción (sinonímica)” –en la terminología de Ullmann¹⁵ – han estado relacionados con varios aspectos, entre los que destacan los que guardan una relación más o menos directa con las condiciones nada atractivas de la vida del cuartel.

Los rasgos más destacados, en todo tiempo y lugar, por los sociólogos y antropólogos que se han ocupado de la vida del soldado han sido la dureza, la duración y la obligatoriedad de dicho servicio. Estas adversidades dieron lugar a un extenso campo léxico para significar la huida, el rechazo o la reducción del período de prestación militar (*deserción o fuga, redención, sustitución, exención, exclusión, exceptuación*), que en nuestros días ha sido ampliado con la *prestación social sustitutoria, la objeción de conciencia y la insumisión*.

Así, “hacer la mili” se registra como *chupar, curvarse, machacar, mamar, patear, planchar...la mili*. “Hacer guardias” en las largas noches cuarteleras es *chupar garita, ser carne de garita, estar de plantón, pelar una guardia*. “Evitar en la medida de lo posible el trabajo rutinario”, la mayor preocupación del recluta, convertida en un deporte general y también en un arte se “traduce” por *escaquearse*. En las horas libres, la preocupación del soldado es la de medir y marcar el paso del tiempo que falta para conseguir *la blanca* (cartilla militar) y quedar *lili* (licenciado), para lo que se sirve de *un asfixiómetro* (especie de calendario) donde va tachando diariamente los últimos 90 días.

La obsesión con el tiempo se manifiesta de dos maneras: por un lado, en los tratamientos que se dan entre sí por medio de un variado número de metáforas, entre ellas las que tienen como asociación a la familia: *hijo, padre, abuelo, bisabuelo*, cuyos significados son el mejor indicativo de que la veteranía es un grado. Por otro, a través de frases basadas en la rima con las cuales se alude festivamente, y de manera más o menos implícita, al tiempo que llevan de servicio o al que les queda por cumplir (*flecha, lavadora, mesías*).

Destaca el marcado carácter degradatorio y deshumanizador de sus imágenes, el tono peyorativo y sarcástico. La mayoría de las metáforas animales y deshumanizadoras van dirigidas a dos grupos humanos ajenos a los veteranos, colectivo con más autoridad:

a) por un lado, los soldados novatos, verdaderos parias de la sociedad de castas que es el ejército, llamados por sus compañeros *pollo, chivo, monstruo, chinche, bulto*; b) y por otro, los mandos militares que los controlan directamente, como los cabos primeros, llamados *tirillas*, y los policías militares, llamados *calimeros* por su casco y por comparación con el famoso polluelo.

¹⁵ Stephen ULLMANN–apud J. GÓMEZ CAPUZ–Félix RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, “El lenguaje de los soldados”, in: Félix RODRÍGUEZ (coord.), *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona, Ariel 2002, 267.

Otro rasgo que de algún modo define al soldado encerrado en el cuartel es la obsesión con la sexualidad y la exhibición de la masculinidad. Lo que ocurre es que, en las condiciones en que se desenvuelven, se produce una exageración de los valores más tradicionales, que se ven comprimidos en un espacio y tiempo exclusivamente masculino, y, por lo tanto, su presentación de conjunto es más directa, menos matizada y velada que en la sociedad que lo sustenta y justifica. Como podría esperarse, el lenguaje refleja este comportamiento, y de ello dan testimonio expresiones como *virgo* (“recluta novato”), *ir de sida* o *de guarras* (“ir de putas”), *dos piedras*¹⁶ (“machácatela con dos piedras”, fastídiate”) y novatadas del tipo *tirarse a la rubia* o *follarse la almohada*.

3. Recursos expresivos

Transferencia semántica o cambios de sentido

a) *Metáforas, metonimias y sinécdoques.*

Como todas las jergas, el lenguaje de los soldados es muy rico en metáforas y metonimias, que le permiten un doble proceso de “relexicalización” de realidades que odian –las de la vida militar– por medio de términos más familiares y humorísticos, por un lado (*walkman*, *galleta*, *braga*, *chopo*) y el esfuerzo del carácter degradante e inconformista de su lg., por otro.

En primer lugar examinaremos las *metáforas*, algunas de las cuales llegan a altos grados de complejidad. Las más simples son las llamadas “metáforas formales” en las que “tenor” (término real, aquello de lo que estamos hablando) y “vehículo” (término irreal, vocablo, que sustituye al tenor en virtud de alguna semejanza conceptual) se parecen en la forma. Así, fusil CETME se le llama al *chopo* (100%), porque es de madera, pesa, es largo y duro. Y también porque ya se llamaba así, y con más propiedad por ser más largo y tener más madera, al mosquetón (carabina) Mauser anterior al cetme. A la funda que se coloca en las hombreras y que indica los galones a partir del cabo se le denomina *galleta* (66%) porque tiene la forma rectangular y las dimensiones de una galleta. Por su parte, los diferentes tipos de galones, muy visuales y que el soldado debe saber reconocer al instante, son también campo abonado para este tipo de metáforas: *sardineta* (galón del brigada, compuesto por dos tiras amarillas que acaban en punta), *mantecao/huevo frito* (designación jocosa de los galones del comandante, consistente en una estrella de ocho puntas). Este mecanismo designativo también se aplica a otros distintivos visuales como *bombona* (brazaleta de color naranja que lleva el que está de guardia).

Más dinámicas, creativas y algo más complejas son “las metáforas funcionales” en las que tenor y vehículo se parecen en su función, en lo que hacen. Así, al fusil CETME se le denomina también *novia*, porque al fusil siempre se le lleva de la mano y hay que cuidarlo mucho, ya que durante la mili se convierte en compañero inseparable del soldado. Por su parte, *moto* es la designación de la rapadora que deja el pelo al cero o al uno al recluta nada más llegar al cuartel, por analogía con el sonido de motor y la rapidez de una motocicleta.

¹⁶ La expresión *dos piedras* puede ser sustituida por lo que algunos autores consideran perteneciente al código gestual: consiste en hacer chocar los nudillos de ambos puños, correspondiendo a su significado tropológico “machácatela” (v. *Diccionario de gestos españoles*, www.ucm.es/info/especulo).

Otras metáforas son más complejas y “opacas”, bien porque el fundamento o conexión entre tenor y vehículo es más subjetivo, inmaterial, bien porque no procede de unidades léxicas sino de unidades fraseológicas. Este es el caso de *tigres*, para designar los lavabos de una compañía, fundamentada en la unidad fraseológica *oler a tigre*. Las más opacas son aquellas en las que en su creación (y posterior descodificación) intervienen referentes culturales (especialmente cinematográficos o televisivos), que implican un conocimiento común compartido: como ejemplos pueden citarse la metáfora *vampiro* para designar al suboficial encargado de la cocina, basada en una analogía cultural y subjetiva motivada por el hecho de que este suboficial “muerde o saca tajada del presupuesto destinado a la cocina”. La metáfora *matilde* para designar al telefonista y al ingeniero de transmisiones, basada en un antiguo anuncio de televisión para Telefónica protagonizado por J.L. López Vázquez que empezaba con el vocativo *Matilde*; o *mister tróper*, cruce léxico entre *tropa* y *Mister Proper*, para designar al soldado encargado de la limpieza.

El caso más complejo en los recursos tropológicos de este lenguaje se da en la red de designaciones del soldado veterano. Todas pertenecen a la metáfora base *padre/padraco*, donde se transpone la autoridad del padre a la autoridad fáctica que tiene en la milicia el veterano. A partir de aquí se generan nuevos términos según el grado de veteranía. Estos términos, que podríamos denominar “metáforas escalares”, son: *padre/padraco*, cuando ya hay en su cuartel un reemplazo más novato, o ha hecho la mitad de la mili; *abuelo/ (abuelaco)*, cuando ya hay en su cuartel dos reemplazos más novatos, o le faltan tres meses; y *bisabuelo* (de donde se han derivado *bisa, güüisa, wisa, bisagra, supervwisa*), cuando le quedan menos de tres meses de mili, y en el caso de la mili de doce meses, cuando ya había en el cuartel cuatro reemplazos más novatos.

Algunas metáforas son complejas porque también implican una *sinécdoque*: se compara un tenor a un vehículo no por la similitud total de ambos objetos sino por la similitud de parte del tenor con parte del vehículo. Es el caso de la denominación *calimero* para designar a un policía militar: se compara el tenor “policía militar” con el vehículo constituido por ese personaje de dibujos animados, basándose en la semejanza del casco blanco del policía con la media cáscara de huevo que todavía recubre a Calimero. Igualmente, al cabo primero se le denomina a veces *platanero*, en virtud del color amarillo de la tira que constituye su galón, y al brigada *sardineta*, porque lleva este tipo de divisa en su uniforme.

Por último, también se registran algunas metonimias propiamente dichas. Algunas bastante simples, como *la blanca*, que designa la cartilla militar que se entrega al soldado cuando ha acabado la mili y que lleva una tapa blanca. (En épocas pasadas el color era distinto, de ahí las denominaciones *la verde y la gris*).

Otras son más expresivas y suelen designar, de manera jocosa y próxima al registro coloquial, las labores de tipo civil que realizan los soldados en sus destinos en función de su instrumento básico de trabajo o de otro elemento accesorio: *mocho* designa al soldado encargado de la limpieza, *tuberías* al fontanero, *bombillas* o *chispas* al electricista, *teclas* al oficinista, *perolas* al cocinero, *aspirino* al que se ocupa del botiquín o enfermería.

Como puede observarse, estos términos comportan a su vez alteraciones morfológicas, también presentes en el registro coloquial, como el uso de formas de plural para designar un ente singular (*bombillas, tuberías, perolas*; cf. *rubiales*,

botones, chapuzas) o la asimilación de la forma al género natural (*aspirino*). La analogía de este último nombre con la – o de “soldado” se repite en *chafarino* (soldado destinado en las islas Chafarinas), *milicio* (el que cumple el servicio en las Milicias Universitarias) e *imeco* o *meco* (en la IMEC); también en la antigua forma *chorcho*, variante de *chorchi, sorchi*, y derivada en último término del inglés *soldier* “soldado”.

b) *Otros recursos expresivos: ironía, hipérbole y paronimia.*

La *ironía* es un recurso muy eficaz en la lengua coloquial y jergal. Entre las distintas designaciones del soldado novato llama la atención, a este respecto, *peludo* o *peluso*, así llamado porque lleva cabello mucho más corto que los veteranos.

En algunos casos la ironía se sirve de formaciones “antifrásticas” de carácter metafórico, como *chalet, bungalow* y *residencia*, documentadas ocasionalmente con la significación de “garita”.

Otro recurso es la hipérbole o exageración, que se manifiesta entremezclada igualmente con otras figuras tropológicas, de un modo implícito (metáfora) o explícito (símil). De las primeras cabe señalar como ejemplo claro y expresivo *trifásico*, para designar “el enchufe o influencia que tienen algunos reclutas y que les permite tener un destino muy ventajoso”: *trifásico* es una hipérbole del término coloquial base *enchufe*, ya que designa un enchufe muy potente y complejo, de tres fases (frente al ordinario, que es monofásico). Los símiles son fraseologismos que encierran una comparación de manera explícita (“eres más cursi que una diana tocada con violín”), y son especialmente abundantes los que se refieren a la “eternidad” (para decirlo con otra hipérbole) del servicio militar. Su estructura más frecuente es “te queda más mili que” (“te queda más mili que al palo la bandera”, “te queda más mili que a Franco cuando era soldado raso”, “te queda más mili que al Capitán Trueno cuando era cabo”, etc.).

Finalmente, al servicio de una clara intención lúdica e irreverente, algunos autores destacan el mecanismo de la *sustitución paronímica* (basado en una *paronomasia*) que convierte a *zapador* en *capador*, a *alférez* en *alfredo*, a *cabo cuartel* en *cabo pastel*, *traje de bonito* en *traje de granito*, y el lema *todo por la patria* en *todo por la tapia*.

IV. Conclusiones

Pese a lo restringido del campo de estudio, podemos concluir que el lenguaje de los soldados es una jerga sometida a un proceso constante de creación léxica en la que los conceptos más referidos, como el de “recluta novato”, se renombran o “relexicalizan”, confiriendo a los nuevos términos connotaciones negativas y humorísticas. Es un lenguaje caracterizado por el marcado carácter degradatorio y deshumanizador de sus imágenes y cuyo tono es a veces peyorativo y sarcástico. Llama la atención el abundante número de metáforas deshumanizadoras donde se mezclan el humor, la ironía, la parodia, que tuvieron el mejor caldo de cultivo en el contexto de la dictadura, pero que en todo caso están propiciadas por la alienación que a los jóvenes (sobre todo a los más instruidos) producen la dureza, la duración y el carácter obligatorio del servicio militar, un servicio que les ha llevado a enfrentarse a una realidad sórdida de por sí y a romper con su estilo de vida. En ese contexto, el

humor corrosivo que rezuma el argot del soldado tiene una función catártica, liberadora, que recuerda los efectos que tienen los tacos en el habla general en situaciones análogas.

Los procedimientos expresivos de que se vale el lenguaje y argot de la “mili” son los propios del lenguaje juvenil y del “argot común” y si algo les diferencia es un carácter “antilingüístico” más marcado, en consonancia con la intención iconoclasta y antimilitarista que les caracteriza.

VICTORIA LUMINIȚA VLEJA

A fiatalok nyelvéről: a katonák nyelvezete

Az elmúlt évtizedekben a markáns társadalmi csoportként jelentkező fiatalok nyelvészeti, szociológiai, antropológiai, etikai szempontú vizsgálata egyre nagyobb teret nyert. Victoria Luminița Vleja, a temesvári Universitatea de Vest munkatársa cikkében az úgynevezett „speciális nyelveken” vagy „csoportnyelveken” belül a hadsereg, a „mili” nyelvével foglalkozik. A gyakorlatban ez, használata speciális körülményeinek (katonai szolgálat kötelező volta a kaszárnya zárt keretein belül, hosszú időtartama és keménysége) köszönhetően félig zárt nyelvezetként jelentkezik, és egyedülálló, sajátos argó kialakulását eredményezi.

A szerző ennek a nyelvnek a legjellegzetesebb vonásait elemezi, és négy alcsoportot különböztet meg: katonai jogi-adminisztratív nyelv, a hivatásos katonák nyelve, az Egyetemi Milíciák és a kadétek nyelve, valamint a sorkatonák vagy a tartalékosok nyelve. Az utóbbi egy sor tulajdonsága alapján világosan elkülönül az első háromtól.

E nyelvezet metodológiai és konceptuális aspektusainak jeles szerzők művei alapján történő vizsgálata után annak formai és fonetikai jelenségeire koncentrálnak, majd lexikai és szemantikai oldalról is vizsgálja.

Következtetései szerint a katonai nyelv legjellegzetesebb tulajdonságainak vizsgálata mutatja, hogy folyamatos lexikai „kreáció” és „relexikáció” történik, amiben a korrozív humornak, a paródiának és a viccnek katartikus szerepe van.